

PREGÓN DE LAS FIESTAS DEL CORPUS CHRISTI DE TOLEDO DE 2015

La Fiesta de Todos

por

Eduardo Sánchez Butragueño

Sé que puede sonar a tópico, pero realmente es para mí muy difícil expresar lo que en estos momentos siento. Sinceramente, no puedo imaginar un honor mayor para un toledano que ser el pregonero de nuestra fiesta mayor, ser la persona que anuncie el comienzo –un año más– de una celebración secular como es nuestro Corpus Christi.

Por ello, agradezco de corazón al ayuntamiento encabezado por su alcalde y por su concejala de festejos que me brinden esta oportunidad de compartir con todos ustedes en forma de pregón mis vivencias e impresiones de esta fiesta.

Tengo muy claro que si se me ha elegido para estar hoy aquí es básicamente por mi trabajo de recuperación del pasado fotográfico de la ciudad en el proyecto *Toledo Olvidado*. Por ello, y como es lógico, el pregón tendrá como hilo conductor la fotografía histórica, y mis palabras se verán acompañadas de imágenes de nuestra fiesta que espero que les hagan más ameno este rato.

Recientemente, el científico Adam Frank de la Universidad de Rochester ha revolucionado el mundo de la ciencia al sostener que el tiempo, esa cuarta dimensión que tanto nos desasosiega porque se nos escapa como arena entre los dedos, podría no ser nada más que una ilusión óptica. Según Frank el pasado existe de un modo tan igual de real como el futuro. En este modelo espaciotemporal, todos los objetos en el espacio están presentes de la misma manera que están presentes todos los momentos, tanto pasados como futuros.

No, no se alarmen, no se han confundido de evento. En efecto este es el Teatro de Rojas, esto es el pregón del Corpus de Toledo de 2015 y no voy a hablar hoy de física cuántica.

Sin embargo, pronto entenderán por qué he traído la cita a esta nueva teoría de Adam Frank.

A los que nos apasiona la fotografía –sé que muchos de ustedes compartirán esta pasión– siempre nos atrae de ella su capacidad evocadora y esa magia capaz de capturar para siempre un instante que –de no haber estado el fotógrafo ahí– se hubiera perdido para siempre... ¿o tal vez no?

Cuando uno ve una fotografía antigua se traslada de un modo casi mágico al lugar y al momento retratados...que en cierto modo vuelven a ser reales... aunque lo que ahora sabemos –si se demuestra esta teoría– es que ese momento nunca dejó de ser real, al igual que sucedería –y esto sí que es inquietante– con cualquier momento del futuro.

Fíjense qué revolucionaria es esta teoría: el pasado es real, no porque sucedió, sino porque sigue existiendo. El futuro es real, no porque sucederá, sino porque ya existe.

Con muy pocas variaciones, en Toledo viene sucediendo desde hace siglos un acontecimiento anual que congrega a miles de personas en las mismas coordenadas espaciales viendo desfilar un cortejo cuyo comienzo y final es el mismo punto: nuestra preciosa Catedral.

Como si de una infinita carrera se tratara, Toledo da una vez al año una vuelta más a ese eterno circuito que es el recorrido de la procesión. Vueltas y más vueltas con origen y final en el mismo punto, que viene a ser lo mismo que decir que este recorrido no tiene ni origen ni final. Fue viendo las fotografías antiguas de nuestro Corpus, tomadas en los mismos puntos, en las mismas coordenadas espaciales, retratando el mismo acontecimiento... cuando me maravilló esta teoría de Adam Frank.

Reconozco que me angustiaba pensar que esas personas de las fotografías, con rostros tan vivos y casi tan palpables al observarlas, hacía mucho tiempo que no existían. Que de ellas poco o nada quedaba ya salvo ese instante inmortalizado por una cámara. Sin embargo, algo me decía siempre que no, que no podía ser cierto que la vida según pasa –y con ella nosotros– se fuese para siempre por el sumidero del tiempo y se perdiera. Esas fotos –sus protagonistas– me hablaban, con vigencia absoluta. Esos ojos me miraban, llenos de vida. Me gritaban: “¡seguimos aquí! ¿no nos ves? ¡Somos reales! ¡Tan reales como tú!”.

De modo que, cuando leí esta nueva teoría todo comenzó a encajarme un poco más y tal vez empecé a entender por qué Toledo tiene la fuerza que tiene, y por qué nuestro Corpus nos hace sentir lo que nos hace sentir. El secreto de su magia reside en que ese recorrido circular es real, no solo en el momento en que se

produce, sino que son reales –tanto como ese– todos los anteriores y todos los futuros. Es decir, ese día no estamos solos. No están allí únicamente los asistentes que marca nuestro calendario, sino que, junto a nosotros, están los asistentes pasados y futuros a nuestro Corpus.

En ese interminable desfile, sin fin ni principio, confluyen todos los habitantes de Toledo: los pretéritos, los actuales y los venideros, de un modo igual de real. En los balcones no solo nos asomamos los que hoy vivimos, sino que están también los que vieron alguna vez la procesión y los que la verán en el mañana. Están nuestros abuelos, estamos nosotros y están nuestros nietos: todos juntos e igualmente presentes.

Tal vez sea ese el secreto por el que el Corpus es sentido como la fiesta de todos.

Lo es evidentemente para quienes acuden guiados por la fe, transmitida de generación en generación, con la devoción propia de ver desfilar no a una obra de arte maravillosa –que también– sino al mismísimo cuerpo de Cristo.

Es también el día más grande del año para otros, que sienten la fiesta como propia por representar una vivencia arraigada en sus corazones, que trasciende las fronteras de lo religioso. Son recuerdos, son momentos, son olores, –son sabores–, son amigos que encontrar, son tradiciones que explicar a los más pequeños y son detalles que mostrarles para que aprendan a valorar y deleitarse con la belleza de una ciudad que si habitualmente es un espectáculo para los sentidos, en estos días es sencillamente –y no exagero ni lo más mínimo– el lugar más bello del mundo.

Otros, incluso sin necesidad de ser ni creyentes ni toledanos, sienten esta fiesta como propia por ser una explosión de belleza capaz de transmitir con fuerza que esta ciudad y esta fiesta son muy especiales. Si hay un lugar en el mundo que es capaz de conectar el pasado, el presente y el futuro, ese es Toledo. Y si hay un momento del año en el que esa conexión es más evidente, ese es el Corpus.

La fiesta de todos. De los que la disfrutan desde la víspera, especialmente los más pequeños, viendo bailar a los enormes gigantones felizmente recuperados en los últimos años, acompañados por los cabezudos y por ese dragón – encarnación del mal– sobre el que baila Ana Bolena.

La fiesta de todos. De los que se deleitan la noche del miércoles realizando el recorrido para admirar la belleza de las calles engalanadas, sin prisa, deteniéndose a conversar con amigos y familiares, comentando lo bonito que

vuelve a estar Toledo, o visitando muchos de los más bellos patios de la ciudad que solo en este día pueden ser admirados.

La fiesta de todos. De los que bailan, beben, ríen y cantan durante toda la madrugada en las verbenas y en los bares del centro histórico. Y de los que disfrutan de ese inmenso placer de llegar despiertos al amanecer, para ver esparcir el tomillo procedente de la finca Cervatos por las calles y sentir ese aroma inconfundible, que evoca tantos y tantos recuerdos.

Y es que el Corpus no huele a tomillo... es el tomillo el que huele a Corpus... es el tomillo el que huele a Toledo.

La fiesta de todos. De los que han dormido bien y se despiertan al amanecer para ver el mismo espectáculo y coinciden con el grupo anterior de la manera más pacífica y natural, al son de las salvas reales que retumban por todo el Valle.

La fiesta de todos. De los que exprimen con su cámara de fotos, con todos sus sentidos bien abiertos, esas primeras horas en que la ciudad va terminando de engalanarse y llenándose poco a poco de esa multitud que horas después hará imposible casi moverse. Ver colocar los tapices en los muros de la Catedral o ver colgar los valiosos mantones de manila en algunos balcones, son experiencias que cuando las has conocido tienen algo de adictivo y mágico.

Los hay incluso que, con elevado riesgo para su salud, son capaces de disfrutar de todos estos momentos... desde los gigantones a la carrera nocturna, la juerga de la madrugada, el amanecer junto al tomillo y cómo no...la procesión del día grande. Puedo presumir de haberlo conseguido algún que otro año: encadenar 24 horas casi sin dormir para disfrutar de todos estos momentos que solo suceden una vez al año.

Estoy convencido de que cuando el piquete de la Guardia Civil abra este año el cortejo, no solo le veremos quienes allí estemos en carne y hueso, sino que haciendo buena la teoría de Frank, todos los cientos, miles, de realidades pasadas y futuras del Corpus de Toledo se emocionarán al verle asomar con su caballo. En lo personal, nunca olvidaré que este piquete de la guardia civil es uno de mis primeros recuerdos de la fiesta. ¿Cómo no recordar la imponente y larguísima barba blanca del guardia civil que durante varias décadas - coincidentes con mi niñez y juventud- abría el cortejo? Confieso que comprendí que era más viejo de lo que pensaba el año que sentí una curiosa tristeza cuando no le vi al frente de la procesión.

En ese eterno recorrido circular que se repite año tras año, será la calle Cardenal Cisneros la primera en ver pasar a cofradías y hermandades junto a los recios muros de la catedral, con las heterogéneas sillas de los vecinos amarradas unas a otras en la estrecha acera, y con la presencia cercana de ese maravilloso espacio que pese a no ver la procesión es uno de los símbolos de la ornamentación de la ciudad en estos días: el callejón de San Pedro.

Algo más abajo la procesión gira en los Cuatro Tiempos donde seguro que mi familia paterna estará, aunque no podamos verles –al fin y al cabo, el tiempo decíamos que es solo una ilusión óptica–. Todo el cortejo enfila entonces la cuesta de Sixto Ramón Parro en dirección a la Plaza Mayor y a este Teatro de Rojas, con sus escaleras aprovechadas como privilegiado graderío.

Tras un breve tramo en el que la Calle Tornerías, por un día, deja de oler a pescado para oler a tomillo, la procesión asciende por la calle más bonita del Corpus: Martín Gamero. Allí no solo estarán mis tíos Jose y Julio, sino que también se incorporarán invisibles ya a nuestros ojos los miembros de la familia Corral, orgullosos de ver cómo su calle vuelve un año más a ser la mejor decorada. Y es que, si tuviera que elegir una calle para describir qué es el Corpus de Toledo, esa calle es Martín Gamero.

Ya en Cuatro Calles, la procesión gira a la derecha hacia la Calle Ancha donde a los cientos de personas que habrá en los miradores, balcones y aceras hay que sumar los miles que se incorporen desde el pasado y desde el futuro, compartiendo con nosotros coordenadas espaciales. Ya por entonces estará cercano el estruendo de las salvas que anuncian que la Custodia ha salido de la Catedral, en un modo primitivo pero efficacísimo de whatsapp colectivo.

La procesión llega ya a Zocodover, donde miles de personas aguardan impacientes, y cuya sola evocación me hace recordar una parte del precioso verso de Luis Fernández Ardavín que D. Juan Estanislao López Gómez nos hacía aprender de memoria como alumnos de Infantes:

En todo Zocodover,
No se podría posar,
Paloma, que a descansar
Viniese al suelo a caer.

Es entonces cuando toda la ciudad espera ese segundo whatsapp: ¡bum! ¡La custodia ya está en Zocodover y una ovación se extiende por calles y plazas! La procesión se detiene y bajo un sol de justicia llegan los que para muchos son los

momentos más difíciles de la mañana: aguantar parados de pie al sol con pesados ropajes, uniformes o tacones no es tarea fácil.

Al salir de Zocodover, la procesión busca la sombra entre los altos muros de las calles más estrechas del recorrido: Sillería y Alfileritos. Son sin duda dos de las vías con más sabor de la ciudad y han dejado para la historia algunas de las más bellas fotografías del Corpus toledano.

La fotografía histórica sirve para evocar los tiempos en que en Sillería aún no se alzaba el Casón de los López con su precioso Cristo tallado en la esquina, o para ver cómo la Virgen de Alfileritos se situaba a unos metros de donde hoy la encontramos.

Sin duda, atravesar Alfileritos es para los componentes de la procesión una agradable etapa de transición –utilizando términos ciclistas– donde reponer fuerzas gracias a la sombra y a que es prácticamente llana.

Pronto la comitiva llega a la Plaza de San Vicente, donde además de esta antigua iglesia ya desacralizada está el único convento de clausura en activo de todo el recorrido: el Convento de las Gaitanas. No quisiera dejar pasar la oportunidad que hoy se me brinda como pregonero, para recordar que Toledo está ante uno de sus mayores retos de las últimas décadas como ciudad monumental: la desaparición de los conventos de clausura de la ciudad supondría, en lo espiritual, mutilar buena parte del alma de Toledo desde tiempo inmemorial, y en lo patrimonial, estaríamos frente un drama de consecuencias descomunales. Pido desde aquí un esfuerzo conjunto para concienciar a las instituciones religiosas y civiles de la importancia de este reto, en una ciudad como Toledo a menudo denominada la “segunda Roma” o incluso “ciudad santa”.

Pero volvamos al recorrido del Corpus, que ya enfila la calle Alfonso X donde si Dios quiere estaré como desde hace muchos años con mi familia, viendo la procesión. Si la teoría de Frank se demuestra cierta es allí donde deberán buscarme cuando alguien quiera encontrarme el jueves del Corpus más allá de esta vida. Allí estaré, con los míos, ilusionado y feliz como cada año. Nunca podré agradecer lo suficiente a mis padres todo lo que han hecho por mí, desde darme la vida hasta estar a mi lado en los buenos y en los malos momentos.

Gracias también por enseñarme a conocer y a amar Toledo, con cariño infinito, sin imponerme nada, transmitiéndome vuestros valores y vuestros conocimientos –siempre por este orden– y haciéndome comprender desde

pequeño y de forma natural que una familia unida en el amor es el mayor tesoro que toda persona debería ansiar conseguir.

Me daría por satisfecho si soy capaz de transmitir a mis hijos solo la mitad del amor que me habéis inculcado por Toledo.

La procesión sigue su marcha, y tras pasar junto al gran plátano de la Plaza del Padre Juan de Mariana junto a los Jesuitas, llega al único lugar donde los asistentes al Corpus del pasado no se mezclan con los asistentes al Corpus del presente. Hasta 1985 la procesión giraba a la izquierda por el angosto callejón de Jesús y María, en un tramo en el que a duras penas entraba la custodia de Arfe y en el que no era posible que el público se situara en ambos lados.

Fue ese año, como decía, con motivo del IX Centenario de la Reconquista de la ciudad, cuando a petición del pueblo de Toledo, se suprimió el paso por este estrecho callejón y se amplió el recorrido prolongándolo por toda la calle Alfonso XII, para girar a la izquierda por la Calle Rojas. Un nuevo recorrido que alarga un poco la procesión pero que permite una mayor asistencia de público y el engalanamiento de estas calles y de la Plaza de Marrón.

Ya estamos a la altura de la Iglesia del Salvador, donde el cortejo vuelve a girar a la izquierda por la calle Trinidad. En ella, más allá de la Iglesia de San Marcos, vuelven a unirse todos los asistentes -pasados, presentes y futuros-, pues en el entronque con el callejón de Jesús y María la procesión vuelve a hacer el mismo recorrido que en los siglos pasados.

Llega el descenso por el final de la calle Trinidad, con los gruesos muros del Palacio Arzobispal a la derecha. Está a punto de alcanzarse una de las vistas más impactantes para los que desfilen por vez primera en la procesión: al girar a la derecha en la confluencia con Arco de Palacio, la mirada de todos no podrá evitar ascender hasta vislumbrar, allá arriba y tras los huecos que dejan los toldos, la majestuosa torre de la catedral, para muchos una inmensa custodia de piedra.

90 metros de historia y arte junto a los que la procesión recorre sus últimos metros.

Y, ¿qué decir del descenso hacia el Arco de Palacio y la plaza del Ayuntamiento? El suave desnivel permite admirar la muchedumbre apelotonada a ambos lados, con los valiosísimos tapices flamencos colgados –como cada año– en las paredes de la Catedral.

Ninguna ciudad del mundo puede presumir de sacar anualmente a la calle tal cantidad de riquezas, cuyo cálculo haría temblar a la más solvente de las aseguradoras. Nada importa, al fin y al cabo, ese día Dios está en la calle y hay que honrarle como merece.

Tras atravesar la plaza junto a la puerta principal de la Catedral, la procesión gira a la izquierda para cerrar el círculo al atravesar la Puerta Llana. Uno a uno van entrando capítulos, hermandades y cofradías hasta que lo hace la Custodia y de nuevo cientos de palomas revolotean en el cielo de Toledo asustadas por las salvas que lo anuncian.

Un enorme aplauso recorre de nuevo las calles y un pensamiento cruza la mente de miles de Toledanos: “un año más”.

Más tarde, aún muchos cientos de personas aguantarán un buen rato en Zocodover para ver el corto pero intenso desfile de los soldados de la Academia, que bajan desde el Alcázar en un último y encomiable esfuerzo después de muchas horas desfilando o cubriendo la carrera procesional.

Y, tras el desfile, cuando el hambre y la sed ya son intensos, las familias llenan casas y restaurantes para disfrutar todos juntos del gran día de Toledo. Como hacían nuestros abuelos. Como harán nuestros nietos. Todos juntos en esa ilusión óptica que es el tiempo y su transcurrir. Todos igualmente presentes. La ocasión lo merece. Sin lugar a dudas, hay mucho que celebrar.

Las fiestas son una parte esencial de la autoestima del pueblo. Toledo ha cambiado mucho para bien en el último siglo y ha sabido evolucionar sin perder lo más genuino de su carácter, y el Corpus es una de nuestras mayores fuentes de autoestima y orgullo al encarnar perfectamente esa evolución respetuosa con nuestro pasado.

Así como la procesión cierra año tras año el círculo de su recorrido, y un año toma el testigo del anterior, es ahora a nosotros a quien nos toca disfrutar y transmitir el entusiasmo de saberse presentes en un día especial en un lugar especial. Esa es la magia del Corpus, la que sabiamente nos transmitieron nuestros mayores y la que ahora nosotros debemos hacer sentir a los más pequeños y a todos los que nos honren con su presencia.

Disfrutad y haced disfrutar. Sentid y haced sentir.

Que entre todos consigamos que toda la semana, y en especial ese día, cobren más sentido que nunca las primeras estrofas de nuestro himno a Toledo:

¡Levantad los corazones!
¡Que nacimos castellanos!
Por más gloria... ¡toledanos!
Bajo el éxtasis del sol.

¡Feliz Corpus a todos!